

Algunos aspectos de la profesión veterinaria, vistos por un no veterinario

**Conferencia dada en la Facultad de Veterinaria de Montevideo
el 21 de Octubre de 1937, por el Dr. J. POU ORFILA,
Profesor de la Facultad de Medicina.**

Señoras y Señores:

Hace algún tiempo, contraí con el señor Decano el compromiso de ocupar esta tribuna, para desarrollar en ella un tema relativo a las actividades de esta meritoria Facultad. Ha llegado el momento de cumplir con dicho compromiso. El tema que he elegido es el de "Algunos aspectos de la profesión veterinaria, vistos por un no veterinario".

Permitaseme, ante todo, cumplir con el grato deber de presentar el homenaje de mi saludo cordial a los señores miembros del Consejo Directivo y a los profesores y alumnos de esta Facultad, así como a los profesionales veterinarios en general, cuyos trabajos he mirado siempre con gran interés, profundo respeto y afectuosa simpatía.

El hecho de no pertenecer yo a la profesión veterinaria me coloca, ante una parte de las personas que en este instante me honran escuchándome, en posición desventajosa, pues, ¿qué podré decir de dicha profesión a quienes la conocen infinitamente mejor que yo? Pero como toda medalla tiene su reverso, quizá el hecho de no ser veterinario constituya para mí una pequeña ventaja. Por lo menos, no podrá decirse que sea yo a la vez juez y parte en el asunto. Ver las cosas desde afuera es, sin duda, un complemento necesario al concepto que puede tenerse de ellas mirándolas desde adentro.

No es mi ánimo hacer, ni la apología, ni la crítica de esta carrera, tan útil como meritoria, cuya misión es, entre otras, remediar los males de acries que no pueden valerse por sí solos. Mis reflexiones girarán particularmente al rededor del valor real de la profesión veterinaria, y de las compensaciones que le otorga la sociedad.

No me detendré, señores, en un estudio comparativo de las innume-

rables ocupaciones humanas. Todos sabemos que, entre las actividades de los hombres, las hay, desde las más útiles y nobles, hasta las más frívolas y degradantes. Hablemos, pues, no de ocupaciones, sino de profesiones regladas, de **carreeras universitarias**. Sabido es que, en general, cada profesional tiende a creer que su carrera es más importante que las otras. No son, por cierto, los veterinarios, los que más pecan en este sentido. Sea lo que sea, el hecho es que todas las profesiones desempeñan, dentro del concierto social, una función que justifica su existencia. En su valoración, como en otras cosas, el juicio depende, en gran parte, de las circunstancias, y del punto de vista en que nos coloquemos: dificultades del ejercicio profesional, responsabilidades inherentes al mismo, satisfacciones intelectuales, compensación moral, provecho material, consideración social, etc.

Así como en un reloj todas las piezas tienen su importancia, — la cuerda, las ruedas con sus engranajes, el horario y el minuterio, — así también, todas las profesiones tienen, puesto que existen, su razón de ser, y todas contribuyen al buen funcionamiento del conjunto social.

Las cuestiones de preeminencia son generalmente ociosas, porque, en cada caso, lo que se necesita es el hombre competente; para curar un animal enfermo, es inútil llamar a un escribano o a un profesor de matemáticas. Lo esencial es que el trabajo respectivo sea concienzudamente realizado. Con razón se ha dicho que no hay profesión que no pueda ser ennoblecida según el modo cómo se practica.

En el ejercicio profesional, como en muchas otras circunstancias de la vida, interviene la ley de la oferta y la demanda. Sin desconocer la importancia de tal problema, aquí nos detendremos principalmente en los juicios de valor relativos a la profesión veterinaria. No es raro ver en la vida cosas valiosas menospreciadas, o infravaloradas, y cosas sin valor, excesivamente estimadas o supervaloradas. En otros términos, no siempre el valor asignado por la sociedad a un objeto, o a una persona, corresponde a su valor real. Ahora bien, nosotros creemos que, en el momento actual, **la consideración que la sociedad tributa a la profesión veterinaria es inferior a su justo valor y a sus verdaderos merecimientos.**

Sabido es que, a diferencia de las culturas orientales, la cultura occidental, a la cual pertenecemos, estableció, en épocas pasadas, una profunda separación entre el hombre y los animales. En cambio, bajo la influencia de las ideas religiosas panteístas, que identifican a Dios con la Naturaleza y sus manifestaciones, en la India se profesa, desde tiempo inmemorial, un gran respeto por la vida animal. En el mundo occidental, no obstante la existencia de ejemplos como el de San Francisco de Asís, quien, en su gran amor por los animales, hablaba del

"Hermano Lobo", se tuvo siempre la tendencia a no ver la analogía de organización y de funciones, incluso las funciones psicológicas, que existen entre los animales y los hombres, y a establecer, entre unos y otros, diferencias radicales y antagónicas.

En la época moderna, las cosas han cambiado. La difusión de los estudios de Historia Natural, debida a innumerables obras de divulgación, entre las cuales debe recordarse en primer término la obra magnífica de BREHM, "La vida de los animales", punto de partida de numerosas publicaciones modernas, ha influido notablemente en el conocimiento de la vida y costumbres del mundo animal. Los jardines o parques zoológicos municipales, como el nuestro de "Villa Dolores", y las exhibiciones de colecciones de animales amestrados, como la del famoso HAGENBECK, que hemos admirado recientemente en Montevideo, han contribuido también a tal fin, haciéndonos ver las maravillas que, a fuerza de trabajo, paciencia y perseverancia, pueden realizarse en el amaestramiento de caballos y elefantes, — de osos, tigres y leones, — y aun de animales aparentemente poco inteligentes, como las focas.

Los simples amigos de los animales, los criadores, los veterinarios, los padres de familia, los maestros, los psicólogos y aun los políticos y conductores de muchedumbres, tienen mucho que aprender de tales exhibiciones, obtenidas merced al conocimiento de los resortes que mueven la conducta de los animales y de los hombres. Con razón el célebre explorador STANLEY dijo, en la narración de sus viajes por el Africa Central, que un viajero obtiene más con una libra de paciencia, que con un quintal de pólvora, y en nuestros días el filósofo Max SCHELLER ha hecho esta observación profunda: "el estudio de la vida animal es útil, porque nos enseña lo difícil que es ser hombres"; es decir, superar la animalidad. A mayores privilegios, mayores obligaciones. Nuestra condición de hombres exige de nosotros que sepamos elevarnos sobre los gustos y apetitos puramente materiales, que nos dediquemos a un trabajo auto-cultural constante, y que ennoblezcamos nuestra personalidad, para que nunca, ni aun en un momento de desengaño y de amargura, pueda un moralista decir: "plus je connais les hommes, plus j'aime les chiens". "Cuanto más conozco a los hombres, más quiero a los perros".

Ya que el hombre necesita del animal, — seguramente más que el animal del hombre, — por lo menos el hombre debiera ser agradecido. Nada más justo que sentir gratitud hacia quien nos proporciona compañía, ayuda, abrigo, sustento, y cuantiosos provechos. Por lo menos, debemos tratar al animal humanamente. Sin necesidad de que las sociedades protectoras de animales tengan que recordárnoslo, todos debemos saber que los deberes para con los animales forman parte integrante del conjunto de los deberes humanos.

El mejor conocimiento de la importancia y valor de la vida animal debiera haber traído, paralelamente, una mejor apreciación de la profesión que en más contacto está con los animales: la profesión veterinaria. No obstante, no ha sido así, por lo menos en la proporción debida. El público conoce muy superficialmente, cuando no desconoce por completo, lo que es la profesión veterinaria. No diré que la considere como una profesión inferior, pero sí que los veterinarios tienen justo derecho a quejarse de aquel señor que decía: ¿veterinario? ¿nada más que veterinario? ¡qué lástima!... o de cierta señora que habiendo tenido ocasión de tratar en una reunión social a un caballero cortés, culto, fino y elegante, se extrañaba de que la persona a quien tales cualidades adornaban fuera veterinario, como si ellas fuesen incompatibles con esta meritoria profesión.

Esta discordancia entre la consideración tributada a la profesión veterinaria y la de que realmente debiera disfrutar, no podrá resolverse sino mediante un doble esfuerzo. Por una parte, los veterinarios deberán luchar, a fuerza de merecimientos, para obligar al público a tributarles la consideración debida, y por otra parte, el público, deberá enterarse de lo que es y puede llegar a ser la profesión veterinaria.

Más adelante diremos algo de la lucha que han de realizar los veterinarios para enaltecer su profesión. Ahora nos interesa hacer constar que, en general, el público desconoce los méritos de ésta. Sea por ignorancia, sea por inercia, por indiferencia, etc., la sociedad no tributa a esta profesión el estímulo debido, que tan fecundo en resultados podría ser. Muchas personas se figuran a los veterinarios como hombres poco cultos, incíviles, cuando no rudos y mal cepillados. Es necesario desvanecer ese error.

Para que el veterinario ocupe en la opinión el lugar a que tiene derecho, es preciso mostrar al público, una y otra vez, los méritos de la profesión veterinaria; es imprescindible que el público conozca los importantísimos servicios prestados por esta profesión a la Agronomía, a la Medicina, a la Higiene, a la Salubridad pública, a la Economía y a la Defensa Nacional. En virtud de estos servicios, que no son palabras, sino hechos, el veterinario tiene derecho a gozar de una consideración, de un respeto, de una estimación y de una simpatía mayor de las que goza actualmente.

Que los veterinarios no se alientan molestados por esta incompreensión social. El valor y el prestigio de las profesiones varía con los tiempos. Recuérdese que los cirujanos, cuya cotización social hoy nada deja que desear, fueron en un tiempo incluidos en la misma categoría que los barberos. Dicho sea de paso, sin el menor asomo de desestima

a los émulos de Figaro, gran filósofo, que de todo se reía, por no tener que llorar... Por nuestra parte, estamos convencidos de que los veterinarios conquistarán la meta del reconocimiento social, como lo hicieron, a fuerza de méritos y de auto-superación, los cirujanos.

Es menester enterar al público de la seriedad y dificultad de los estudios veterinarios. Con tal objeto, y en atención a los no veterinarios que me escuchan, haré un rápido esbozo, forzosamente incompleto, de dichos estudios, que deberá ser ampliado y detallado, en ocasiones oportunas, por los propios profesionales.

Empecemos por la **Anatomía normal**. Si para dar una idea de la Anatomía Humana se ha dicho que es un mar sin orillas, ¿qué decir de la **Anatomía Comparada**, que exige el conocimiento de la estructura de numerosísimos organismos animales diferentes?

En Veterinaria, como en Medicina humana, la **Anatomía Patológica**, es la ciencia que estudia las lesiones producidas por los procesos de la enfermedad. Es la ciencia fundada por MORGAGNI, que procura responder a la pregunta ¿dónde está la enfermedad?, y que mediante la práctica de las autopsias, confirma los diagnósticos exactos, aclara muchas causas de muerte, y corrige no pocos diagnósticos erróneos, siendo, por esto mismo, una gran maestra de modestia.

La **Parasitología** nos enseña lo relativo a la evolución de numerosas enfermedades, tales como la hidatidosis, tan importante en nuestro país, la amibiasis, la triquinosis, la anquilostomiasis, etc.

La **Bacteriología** de los animales es importantísima, y es inseparable de la Bacteriología humana. Muchos de los primeros y más eminentes colaboradores y discípulos del inmortal PASTEUR fueron veterinarios. La contribución de la Veterinaria a esta rama de la ciencia ha sido de un valor incalculable. Los conocimientos que poseemos sobre la rabia, el carbunclo, la tuberculosis, la enfermedad de BANG, las salmonelosis, etc., son, en buena parte, debidos a los veterinarios. En todos los institutos bacteriológicos del mundo, junto con los médicos, colaboran, con brillo y eficacia, los veterinarios.

La **Fisiología** no es menos difícil. En realidad, la Fisiología, ciencia central de la Medicina, es una, aun cuando, por necesidades de la enseñanza, se diversifique en humana y comparada, normal y patológica.

La **Fisiología Patológica** está íntimamente unida a la **Patología Experimental**. En nuestro siglo, ésta ha adquirido un impulso extraordinario. La Medicina Veterinaria no puede permanecer ajena a ese movimiento, que, además de constituir el núcleo fundamental de sus estudios, es el vínculo que más estrechamente la une a la Medicina Humana. Casi todas las grandes conquistas de la Medicina moderna, la qui-

mioterapia, la inmunoterapia, las hormonas, las vitaminas, etc., se deben, en gran parte, a la experimentación animal. Sin la Patología Experimental, la Medicina humana permanecería estancada, y los caminos del progreso se cerrarían para ella. Merced a la experimentación animal, puede realizarse, con relativa seguridad, el ensayo de las nuevas medicaciones en el hombre. Sin los estudios previos en animales sobre la rabia y la difteria, no hubieran sido posibles estas grandes conquistas de la Medicina humana. La salvación de muchas vidas humanas ha sido debida a los conocimientos adquiridos estudiando el organismo animal. La experimentación animal constituye también una valiosa ayuda para la Cirugía. Todo esto la justifica ampliamente. Conviene dejar este punto bien establecido, frente a los exagerados e injustos ataques que los antiviviseccionistas suelen dirigir a la vivisección y a la experimentación animal.

La experimentación animal, y la vivisección que ella exige, ha provocado, en efecto, innumerables críticas, y a veces censuras violentas. Las numerosas publicaciones de los antiviviseccionistas, destinadas a atacar la experimentación animal, constituyen una extensa bibliografía. Pero hoy el pleito quede considerarse como inapelablemente resuelto. La experimentación está perfectamente justificada. Ya que por la dura ley de la Naturaleza, nuestra vida exige, para su sustento, el sacrificio de otras numerosas vidas, tanto animales, como vegetales, este sacrificio debe reducirse al mínimo posible. La experimentación animal sólo ha de practicarse por personas competentes, evitando, mediante la anestesia, hacer sufrir inútilmente a los animales. Sobre todo, no debe realizarse sino impulsada por el móvil superior de servir a la vida humana, respetando en lo posible la vida animal, y sin que degenera jamás en inútiles crueldades.

Prescindiendo de su mayor desarrollo intelectual y moral, y refiriéndonos sólo al hombre físico, hemos de reconocer que éste no difiere esencialmente de los animales superiores. Ahora bien, esta semejanza entre la organización humana y la animal, y el hecho de que tanto la Medicina Humana, como la Medicina Veterinaria, deben estar animadas por el espíritu experimental, imponen, para ambas medicinas, el deber de completarse, compenetrarse y apoyarse cada vez más, para el mayor bien de la Ciencia y de la Humanidad. Los estudiantes de Medicina no perderían su tiempo realizando algunos estudios de Medicina comparada, especialmente de Medicina experimental. La Facultad de Veterinaria debe fomentar el estudio de la experimentación animal. Entre ella y la Facultad de Medicina debe haber un entendimiento cordial, debidamente organizado, que, en casos especiales, permita a los estudiantes de Medicina y médicos aprovechar de las instalaciones y locales de la Facultad de Veterinaria. Por lo que respecta a la Cirugía, recordemos aquí las palabras de MURPHY, uno de los grandes maes-

tros de la cirugía norteamericana moderna: "La mayor suma de conocimientos técnicos y la mayor confianza para aplicar al hombre mis nuevos procedimientos operatorios, los adquirí en operaciones practicadas en perros, y sólo una pequeña parte en operaciones ejecutadas en cadáveres". Nos consta que tal tendencia se ha iniciado ya en algunos casos en esta Facultad, con provecho para los interesados. Es de esperarse que ella se acentúe en lo futuro. Por otra parte, actualmente, todas las facultades médicas norteamericanas importantes, poseen una sección experimental de Medicina y de técnica quirúrgica.

Elevemos, señores, un instante nuestro espíritu, evocando el recuerdo de la obra grandiosa de Claudio BERNARD. Claudio BERNARD, cuyos descubrimientos fueron anteriores a los de PASTEUR y a quien



Fig. 1. — La lección de Claudio BERNARD, célebre cuadro de LHERMITTE

Pasteur mismo consideró como su maestro, personifica en Medicina un espíritu nuevo — el espíritu experimental, el espíritu bernardiano, — complementario del espíritu morgagniano, y del espíritu anatomo-clínico. Contemplemos un instante el célebre cuadro de LHERMITTE, titulado "Una lección de Claudio Bernard" (fig. 1).

Tan colosal es la obra del ilustre fisiólogo, que, por lo menos, es justo equipararla a la de PASTEUR. Un veterinario distinguido, MOTREFF, en un estudio reciente sobre "Claudio BERNARD y PASTEUR", cuya lectura recomendamos, ha dicho, con razón, que nadie debería ser

recibido médico o veterinario sin antes demostrar que conoce a fondo la "Introduction à la Médecine Expérimentale", de Claudio Bernard.

Por nuestra parte, hacemos votos para que, junto al busto del gran PASTEUR, que como genio protector, preside los trabajos de esta Escuela, figure también, como acto de justicia, y como profesión de fe del espíritu bernardiano, el busto de Claudio BERNARD.

La **Clinica veterinaria** presenta, aparte de la diversidad de pacientes, este carácter, que la distingue fundamentalmente de la Medicina humana: el de que el clínico veterinario apenas puede conocer, por referencias de terceros, los antecedentes de la enfermedad. No puede interrogar a sus enfermos sobre la evolución del mal, y ello aumenta enormemente las dificultades del diagnóstico. La falta de datos anamnésicos debe suplirlos el clínico veterinario a fuerza de observación metódica y de razonamiento sagaz.

Sabido es que el diagnóstico es la base de la buena **Terapéutica**. Esta constituye, a su vez, otra rama importante de los estudios veterinarios. Y precisamente la Veterinaria se presta admirablemente para enseñar la Terapéutica con espíritu experimental.

Una de las grandes complejidades de la Medicina Veterinaria está constituida por los diversos aspectos que debe contemplar. Los tres principales son: el **afectivo**, el **científico** y el **económico**.

El aspecto **afectivo** o sentimental es, en general, el menos importante. Sin embargo, en ciertos casos, tiene su interés. Sabido es que frecuentemente los animales domésticos son objeto de un afecto y de una ternura sin límites. Tal sucede, por ejemplo, con el cariño que un perro fiel inspira a su amo. La zoofilia puede, a veces, degenerar en ridícula manía, pero en ciertos casos constituye un sentimiento respetable, que el veterinario debe comprender y compartir. Lo mismo que para el médico humano, es un error creer que el contacto con el sufrimiento y la muerte de sus pacientes embota la sensibilidad del veterinario. Por la vocación que le llevó a elegir su carrera, y por la mayor capacidad de simpatía proveniente de un mejor conocimiento y comprensión, el veterinario es el amigo natural de los animales. Esta inclinación le sirve para ejercer mejor, y con mayores satisfacciones, su profesión.

El aspecto científico de la Veterinaria se confunde, en gran parte, con lo que hemos dicho acerca de la Patología Experimental. En efecto, la **experimentación** es el más eficaz instrumento de progreso de las ciencias biológicas. Y esta experimentación comprende, no sólo el estudio de los mecanismos fisiológicos, fisiopatológicos y terapéuticos, sino que, mediante la selección artificial, se aplica también al cruce y al

perfeccionamiento físico, y aun intelectual, de las razas animales. Como se ve, el campo abierto a la actividad científica de la Medicina Veterinaria, es infinito.

El aspecto económico es contemplado principalmente por la Zootecnia, que comprende la producción, la explotación, y la utilización del caballo, la vaca, la oveja, el cerdo, las aves, etc.; las técnicas industriales de la carne, de la leche y sus derivados; de la sangre, de las grasas, de los productos opoterápicos medicamentosos, etc. Es inútil insistir en la importancia práctica de la Zootecnia, principalmente en un país como el nuestro, cuyo poder económico está casi totalmente basado en la ri-

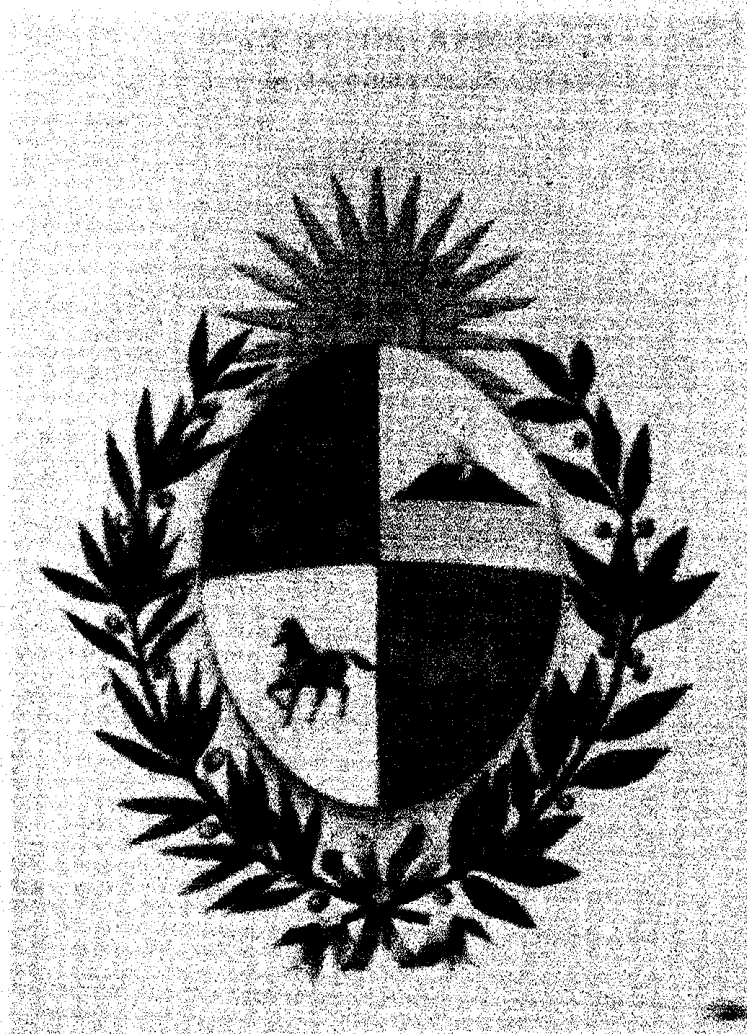


Fig. 2. — Escudo de la República Oriental del Uruguay.

queza agropecuaria, simbolizada en el caballo y el toro de nuestro escudo nacional (fig. 2), riqueza que se halla bajo la égida de la Zootecnia, a la cual, veterinarios y agrónomos dedican sus afanes.

No olvidemos tampoco la Higiene de los productos alimenticios animales, ni la acción de la Policía Sanitaria, encargada de hacer cumplir los preceptos de aquella, mediante los veterinarios que, en frigoríficos, mataderos y lecherías, luchan para evitar la propagación de la tuber-

culosis y otras enfermedades, la importación y la exportación de animales enfermos, etc.

Todo esto demuestra indiscutiblemente la seriedad, dificultad y complejidad de los estudios veterinarios.

Hemos dicho que para cumplir con mayor amplitud y eficacia su misión, el veterinario deberá esforzarse constantemente en **mejorar su cultura individual** y en **eleva su prestigio social**. No nos referimos tanto a la llamada "vida de sociedad", generalmente más brillante que sólida, más de apariencia, que de realidad. El veterinario no debe aspirar simplemente a parecer, a aparentar, sino a **valer positivamente**. Debe contribuir, con su parte de sacrificio personal, al bien de la comunidad. En efecto, no hay obra verdaderamente valiosa, sin el correspondiente sacrificio.

Y aquí deseo dirigirme, no sólo a los profesionales ya formados, sino muy especialmente a la juventud estudiosa, ese "divino tesoro", esperanza del futuro. Quizás una de las más grandes tragedias de la vida moderna es el contraste entre la dura y difícil realidad, y la creencia de la juventud en una vida placentera y fácil. Por esto, es un deber ineludible de los que ya no somos jóvenes, ponerla en guardia contra el engañoso espejismo de la vida fácil, frívola y superficial. Es una maldad, una traición hecha a la alegre y confiada juventud, — alegre y confiada, porque no ha sufrido aun los desencuentros de la experiencia, — el fomentar su tendencia a creer en una vida fácil, como lo hacen los demagogos, cuando para engañar a las multitudes, les hablan de un porvenir sonriente, en el cual ellos son los primeros en no creer. A la juventud hay que decirle que la vida no es un día de fiesta, — tampoco un día de luto, — pero sí un día de trabajo. Porque, fuera de otras dificultades, a medida que el número de profesionales se hace mayor, les es más difícil a los que llegan abrirse paso y conquistar un puesto ventajoso o distinguido. Y esto es verdad para todas las profesiones.

La profesión veterinaria no es una ocupación de adorno, o de simple apariencia decorativa; es una **profesión de utilidad y de servicio**. El veterinario debe distinguirse por su acción personal y positiva. Debe huir de la apariencia, del oropel, y de la figuración sin méritos, fundando sus derechos a la consideración pública en los verdaderos servicios prestados. Para realizar tal fin, deberá ser educado en la escuela de la disciplina y del trabajo, acostumbrándose a él desde temprano, amándolo, llegando a hacer de él una necesidad, y finalmente, un placer. Sin duda, esto no es fácil en esta época de dispersión, de frivolidad, de oropel y de bombolla, en esta época de radio-auto-cine... y de almas vacías...

Si la dura disciplina del trabajo no se aprende desde el principio, en la época de la juventud, en el hogar y en la escuela, después, o no se aprende más, o se aprende mal, y a costa de esfuerzos inauditos. La juventud debe acordarse de los soldados de ANIBAL, que, a fuerza de ejercitarse, en tiempo de paz, en marchar con plantillas de plomo, realizaban fácilmente, en tiempos de guerra, las marchas más penosas. Vivir fácilmente, sin vencer dificultades, no es vivir, es vegetar.

Los estudiantes de Veterinaria y de Medicina conocen perfectamente el régimen de estudios vigente entre nosotros. Pero quizá sea útil que unos y otros sepan también algo de cómo se hacen los estudios veterinarios fuera de nuestro país.

Tomemos como ejemplo a Francia.

En dicho país existen tres grandes escuelas veterinarias, la de Alfort, cerca de París, la de Lyon, y la de Toulouse. Estas tres escuelas son centros científicos importantes, en los cuales se han formado sabios eminentes. En Francia, para ingresar a las escuelas veterinarias, se exige el diploma de bachiller. Esto ha hecho que los estudiantes veterinarios procedan de los mismos grupos sociales que los estudiantes de las Facultades de Medicina, Derecho, Ciencias y Letras.

Además, para el ingreso a las escuelas veterinarias, integrantes de la enseñanza universitaria superior, se exige allí la realización de un concurso previo, con pruebas orales y escritas. Esto significa condiciones mucho más rigurosas que para el ingreso a Medicina, para el cual sólo se exige el título de Bachiller. En Francia se ve esta paradoja o contrasentido: la sociedad es más exigente para el reclutamiento de los médicos de los animales que para el de los candidatos a la Medicina humana. Se ha dado allí el caso de que, jóvenes que fracasaron en el ingreso a Veterinaria, se inscribieron como estudiantes de Medicina. Llegaron a médicos, porque no pudieron ingresar a Veterinaria. Los veterinarios franceses poseen, por lo general, una preparación excelente, y esto se atribuye, en gran parte, a que el concurso elimina a los estudiantes mediocres e indeseables.

Otra causa que explica dicha sólida preparación es que, durante todos sus estudios, los estudiantes de Veterinaria son internos, es decir, pensionistas que viven como enclaustrados en su escuela, bajo un régimen casi militar. Este internato los obliga a estar en contacto permanente con los animales hospitalizados y, so pena de una inacción insuportable, se ven doblemente obligados a trabajar.

Los exámenes se hacen a fin de año. Si el estudiante no es aprobado, debe repetir el examen 6 meses después. Si fracasa otra vez, ha de repetir nuevamente el año entero, y si aquí también fracasa, está

obligado a abandonar los estudios. Estas medidas severas contribuyen a estimular la laboriosidad estudiantil.

Las **vacaciones** se hacen por turnos, pues la clínica y los hospitales de la Escuela no dejan nunca de funcionar.

En una palabra, en Francia, el **concurso de admisión** y el **régimen del internado** han resuelto, para la Veterinaria, el problema de la **limitación del alumnado**. Debido a dicho régimen severo, los estudiantes pueden adquirir, en 4 años, una preparación que, de otro modo, exigiría uno o dos años más.



Fig. 3. — Claudio BOURGELAT,
fundador, en 1761, de la primera
Escuela Veterinaria.

Cada nación tiene sus particularidades especiales. Como hemos visto, el régimen de los estudios veterinarios franceses es realmente severo.

Ahora bien, dada la necesidad de contemplar las exigencias de los tiempos nuevos y de mantener la enseñanza al nivel de la de los demás países, se comprenderá que están perfectamente justificadas las reformas sancionadas recientemente por el Consejo Directivo de esta Facultad, elevando la duración de los estudios a 5 años, en vez de los 4 años vigentes hasta ahora, así como la creación de títulos de Veterinarios especializados en Bacteriología, Parasitología, Industrias animales diversas, etc.

Un médico ilustre, el profesor HAYEM, hablando, en una sesión de la Academia de Medicina de París, de los estudios médicos, decía que si bien la institución del Internado de los Hospitales producía profesionales bien preparados, no podía afirmarse lo mismo del resto de los estudiantes de Medicina, y agregaba: "es necesario que su preparación sea por lo menos igual a la de los veterinarios".

Si bien los orígenes de la Veterinaria se remontan a los antiguos tiempos, —egipcios, griegos y romanos,— la carrera veterinaria, como profesión reglada, constituye una profesión joven. La primera Escuela Veterinaria organizada, la de Lyon, data de 1761, es decir, de poco más de un siglo y medio, lo cual es, por cierto, bien poco tiempo, tratándose de la historia de una profesión. Su fundador fué Claudio BOURGELAT (fig. 3), a quien, dicho sea de paso, el famoso filósofo positivista Augusto COMTE reservó un puesto en su "Calendario de los grandes hombres", especie de Santoral de ilustres benefactores de la Humanidad, la



Fig. 4. — El veterinario francés CHAUVEAU, fisiólogo famoso.

mayor parte de ellos laicos, pero en el cual figuran también algunos de los santos canonizados por la Iglesia.

A pesar de su corta tradición, la Veterinaria ha producido multitud de hombres eminentes, muchos de los cuales han contribuido, mediante descubrimientos importantes, al progreso de la Biología y de la Medicina.

En Francia, hay que recordar especialmente, entre los veterinarios célebres, a ARLOING, gran anatomista; a CHAUVEAU, fisiólogo ilustre (fig. 4), colaborador del fisiólogo MAREY y famoso, entre otros, por sus estudios cardiográficos; a NOCARD, eminente bacteriólogo (fig. 5). Estos tres sabios fueron los primeros y los más fervientes discípulos de PASTEUR. Debemos mencionar igualmente a TOUSSAINT, quien, un año antes que PASTEUR, previó los métodos de vacunación y reali-

zó, en carneros, ensayos de vacunación antiearbunclosa; a LAULANIE, fisiólogo notable, uno de los maestros de la experimentación fisiológica moderna; a VALLÉE, descubridor, con LECLAINCHÉ, de la vacuna antiearbunclosa, y propulsor de la profilaxis de la tuberculosis bovina; a GUERIN, colaborador del bacteriólogo CALMETTE en sus estudios sobre la tuberculosis, cuya vacunación preventiva en el recién nacido por el bacilo billado, lleva el nombre de CALMETTE-GUERIN (B. C. G.), y finalmente, a RAMON, inventor de las recientes "anatoxinas", es decir, toxinas desintoxicadas por el formol, pero poseedoras de poder terapéutico, entre ellas, las anatoxinas diftérica, antiestaffilócócica, antitetánica, etc., tan útiles en Medicina humana.

En Alemania, debemos mencionar, entre otros veterinarios famosos,



Fig. 5. — El veterinario francés NOCARD, célebre bacteriólogo.

a ELLENBERGER, anatómico y fisiólogo eminente, conocido principalmente por su notable "Anatomía de los animales domésticos"; a HERING, fisiólogo, que determinó por primera vez el tiempo mínimo de circulación de la sangre; a KITT, anatomo-patólogo, a OSTERTAG, (fig. 6), autor de importantes trabajos sobre organización de la higiene de la carne, etc.

Recordemos especialmente aquí a otros dos veterinarios eminentes: al anatomo-patólogo alemán WOLFFHUGEL y al bacteriólogo norteamericano SALMON, quienes figuraron entre los primeros maestros de esta Facultad.

En confirmación del hecho de que su profesión no ha impedido a algunos veterinarios distinguirse fuera del campo de la misma, recordemos el caso del ilustre clínico neurólogo RAYMOND, sucesor del gran CHARCOT. RAYMOND había salido de la escuela de Alfort. El célebre THOMAS, famoso por sus estudios geológicos sobre los fosfatos cal-

cáreos tunecinos, era veterinario, lo mismo que el irlandés DUNLOP, inventor de los neumáticos de automóviles. Además, muchos veterinarios se han distinguido en el campo de la literatura, de la pintura y de la política.

Para juzgar de la importancia que se atribuye a los estudios veterinarios dentro de la Medicina, conviene saber que la Academia de Medicina de París posee una sección veterinaria, constituida por 6 miembros. Entre los veterinarios que han recibido altas distinciones científicas, debemos citar a Henry BOULEY, que llegó a ocupar una cátedra en el Instituto de Francia. El Instituto es, como se sabe, una organiza-

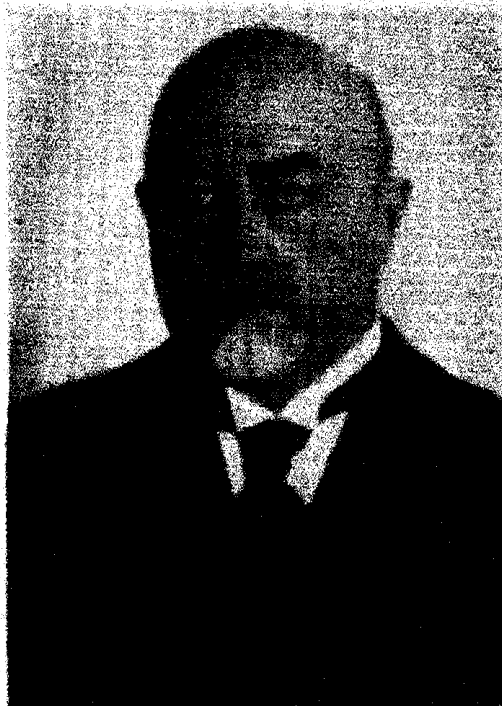


Fig. 6. — OSTERTAG, notable veterinario alemán contemporáneo

ción cultural superior, reservada a la investigación científica original. Sólo llegan a él personas consagradas por el sufragio de ilustres hombres de ciencia. BOULEY fué uno de los primeros discípulos de PASTEUR, lo apoyó y lo alentó cuando muchos dudaban de sus doctrinas, se esforzó en divulgarlas y fomentó la difusión de las vacunaciones pastorianas, principalmente antiebrucosa y antirrábica.

Una circunstancia que ha contribuido a elevar la consideración del público hacia los veterinarios ha sido el otorgamiento del título de Doctor. Es evidente que los títulos no hacen a los profesionales, pero, siendo éstos bien preparados, nada más justo que la sociedad les tribute, en esa forma, el testimonio de su reconocimiento. Por otra parte, el uso de ese título se ha otorgado también a los odontólogos.

Este título ha contribuido a vencer ciertos prejuicios, contrarios

a la profesión veterinaria, que alejaban de ella a jóvenes de verdadero mérito. Además, su uso obliga al profesional a honrarlo debidamente.

El valor de un título no depende de la clase de clientes que tengan, sino de los conocimientos que hay que demostrar para adquirirlo y de los trabajos y sacrificios que representa. La sociedad está obligada a compensar esos sacrificios. Mientras no sea así, todas las personas que rinden culto a la equidad y a la justicia, incluso los principalmente interesados, deben luchar porque este reconocimiento se realice plenamente.

En el deseo de hacer que la carrera veterinaria conquiste una posición más influyente y pueda producir a los profesionales rendimientos económicos mayores, se ha señalado la conveniencia de que los veterinarios se dediquen al desempeño de **actividades extraprofesionales** suplementarias, entre ellas, a la política.

El desarrollo de este asunto nos llevaría demasiado lejos y alargaría excesivamente esta conversación, lo cual no es posible, porque ya es hora de pensar en terminarla. Diremos, sin embargo, que partiendo del concepto primordial de la necesidad de intensificar la lucha por el mejoramiento profesional, es tanto lo que hay que hacer dentro del campo veterinario propiamente dicho, que ello no deja muchas energías libres para otras actividades.

Por nuestra parte, si hubiéramos de esbozar una tendencia, no aconsejaríamos a los veterinarios dedicarse de lleno a la **política**. Un yanqui diría que no hay que dedicarle más que el 5 o el 10 % de las actividades personales. La política es una actividad peligrosa, que en otras profesiones ha esterilizado a muchos hombres, haciéndolos, con el andar del tiempo, incapaces para el trabajo realmente productivo. Sin embargo, todo depende de cómo se practique, y de no dejarse arrastrar por ella. Reconocemos que es útil y justo que los veterinarios tengan su representación en el Parlamento y en la Administración. Los que poseen verdadera vocación y aptitudes políticas, puedan prestar importantes servicios al país, por su conocimiento de los medios rurales y de la economía animal, lo cual les permitirá ser consejeros útiles, principalmente en cuestiones legislativas referentes a la ganadería nacional, a la legislación sanitaria económica, al mejoramiento de los estudios profesionales, a la obtención de becas para estudiar en el extranjero, etc.

Por lo que respecta a otras ocupaciones extraprofesionales, una muy importante y apropiada para el veterinario es la del **laboratorio biológico**. Como los farmacéuticos, los veterinarios podrán ser, en estas actividades, colaboradores eficaces de la Medicina Humana.

El veterinario, podrá también, principalmente en los medios rurales

y en los casos de urgencia, ser un eficaz auxiliar del médico. Como es sabido, en los casos de urgencia, a falta del médico, el público acude frecuentemente al farmacéutico. Pero el farmacéutico, si conoce los medicamentos, no conoce las enfermedades. Por esto, más lógico sería solicitar, en tales casos, el concurso de un veterinario. El veterinario tiene conocimientos de Anatomía, de Fisiología, de Patología y de Farmacología, es decir, posee muchas nociones estrechamente unidas a la



Fig. 7. — Los beneficios de la cooperación.

Medicina Humana, y puede dar, en casos de emergencia, consejos oportunos. Todo veterinario debe tener siempre presentes las principales nociones de Medicina humana de urgencia. Por su parte, el público, como ya lo dijimos, no debe ignorar la preparación científica de los veterinarios.

La Medicina Humana y la Veterinaria deben marchar estrechamente unidas. Los médicos debemos tender a los veterinarios una mano amiga, y los veterinarios están obligados a corresponder debidamente.

Lo mismo diremos con respecto a las relaciones de la profesión Veterinaria con la tan meritoria cuanto simpática profesión Agronómica. Veterinarios y agrónomos deben marchar del brazo, prestándose mutuo y caluroso apoyo. Ya que, a condición de ser ejercidas debidamente y a fondo, hay amplio campo para ambas actividades, no deben

existir entre ellas antagonismos que esterilicen sus esfuerzos, sino, al contrario, un entendimiento perfectamente armónico y cordial. Tan perjudicial como es la discordia, es beneficiosa la concordia. Para poner aquí un poco de sal cómica yanqui, proyectaré una figura (fig. 7), que dice más que una larga disertación, y que he tomado de una obra norteamericana, por cierto muy seria, que trata de los beneficios de la cooperación social.

Y si preconizamos como medios de enaltecer el valor de la profesión veterinaria la unión con los agrónomos y los médicos ¿qué diremos de la concordia de los veterinarios entre sí?



Fig. 8. — Vis unita fortior. "La fuerza, unida, es más fuerte".

Bien sabemos que la vida tiene su fase de competencia y de lucha: lucha por la existencia, y por los puestos preferidos. Pero esta lucha debe sujetarse al principio general de la reciprocidad: "procede con los demás, como quisieras que procediesen contigo". Una vieja máxima decía: "vale más la mitad, que todo", queriendo con esto significar que debemos abstenernos de ambicionar todo para nosotros, sin dejar nada a los demás. En efecto, un modo de cuidar nuestros intereses es respetar, y aun a veces cuidar los intereses ajenos. La vida profesional es un campo de honor. Ahora bien, así como la verdadera aristocracia consiste en el afinamiento y elevación de nuestros gustos y tendencias,

el verdadero honor consiste en el dominio de nuestras ambiciones y pasiones.

Si es cierto el dicho de que "la unión hace la fuerza", y si los profesionales veterinarios desean enaltecer y realzar los méritos de su profesión, su lema debe ser: "Unión y concordia". Como reza el lema del escudo de los veterinarios de Londres: "Vis unita fortior"; "la fuerza, unida, es más fuerte" (fig. 8). Siguiendo el ejemplo de los mejores, la buena armonía entre los colegas contribuirá al mayor prestigio de la profesión ante la opinión pública. Más bien que esterilizarse en rivalidades personales, cada veterinario ha de tomarse a sí mismo como punto de comparación, procurando **autosuperarse**, tendiendo, más que a la emulación que pueda venirle de los demás, a la propia autoemulación. Malos profesionales los hay en todas las profesiones. En todas son perjudiciales e indeseables, pero más aun en una profesión como la Veterinaria, no suficientemente comprendida y estimada por el público.

Razón de más para que los veterinarios, por su cultura científica, por su valor profesional y moral, por los servicios reales prestados a la riqueza y a la salubridad nacional y por su acción social práctica, procuren mantenerse siempre dignos del respeto y de la consideración de todos, constituyendo, a fuerza de trabajo, paciencia y perseverancia, un tipo, no diré de superhombres, pero sí de hombres nuevos, activos, dinámicos y eficientes, perfectamente adaptados a las condiciones de la vida moderna.

Para el buen gobierno y la eficacia de la propia vida, es conveniente poseer, además de ciertas ideas generales directrices, algunos sentimientos que impulsen nuestra acción. Unas y otros contribuyen a formar nuestro ideal. Y yo creo que ningún ideal mejor para el veterinario, como para todo profesional, que el del respeto y el amor a su propia profesión. A este propósito, y para contribuir a sentirse honrados en pertenecer a tan benemérita carrera, recuerden los veterinarios la declaración del inmortal PASTEUR, en un momento memorable de su vida: "Si tuviera que comenzar de nuevo mis estudios, iría a sentarme en los bancos de la Escuela Veterinaria de Alfort".

Señoras y Señores: Os ruego me perdonéis la extensión de estas reflexiones sobre la profesión veterinaria. Pero ya que habéis unido la paciencia de escucharme hasta ahora, por lo cual os quedo profundamente agradecido, os ruego que, antes de separarnos, queráis acompañarme en el voto que en este instante formulo por el progreso y el brillo cada vez mayores de esta Facultad, y por la felicidad de los maestros y discípulos que la constituyen.

He dicho.